

los detalles técnicos de todos los asuntos, eran celebrados por todos sus colegas, que apreciaban también su espíritu conciliador, su imparcialidad, su arte de precisar los puntos en litigio y de resumir claramente los debates. La política extranjera de la Francia imperial que, andando el tiempo, debía ser objeto de tantas críticas, á menudo fundadas, no tenía á la sazón, por decirlo así, ningún contradictor en el público ni en la prensa. A excepción de algunas personas más previsoras y perspicaces que las otras, todos aprobaban la guerra de Crimea, y sus resultados no parecían desproporcionados á los sacrificios que había costado. No tan sólo los imperialistas, sino también los antiguos partidos, consideraban con optimismo todo lo hecho por el ejército y la diplomacia. Era la época en que M. Thiers escribía en el prefacio del tomo duodécimo de su *Historia del Consulado y del Imperio*: «La mayor compensación de no ser nada en su país, consiste en ver que este país es en el mundo lo que debe ser.»

LIII

EL TRATADO DE PARÍS

Cuando en 18 de marzo de 1856 el congreso de París reanudó sus sesiones interrumpidas hacía cuatro días, habíase aumentado con dos individuos: los plenipotenciarios prusianos. Prusia no había sido beligerante ni aliada de Rusia ó de las potencias occidentales; parecía, pues, que no debía figurar en el congreso. Tal era el parecer de Inglaterra. El príncipe Alberto había escrito al rey de los belgas: «Las grandes potencias no pueden tomar parte en el gran juego de la política si no han dejado su puesta sobre el tapete.» Pero Napoleón III acabó por hacer prevalecer una opinión contraria. So pretexto de que la corte de Berlín había concurrido en 1841 al convenio relativo á la clausura de los Dardanelos, consiguió no tan sólo que Prusia figurara en el acta confirmatoria del convenio de los estrechos, sino que firmara el tratado general de paz. Los dos plenipotenciarios, el barón de Manteuffel, primer ministro del rey Federico Guillermo IV, y el conde de Hatzfeldt, ministro de Prusia en París y yerno del mariscal de Castellane, aunque introducidos á última hora en el congreso, fueron tratados bajo el mismo pie que los representantes de las demás potencias.

El domingo 30 de marzo, los plenipotenciarios, vestidos de uniforme, se reunieron en el ministerio de Negocios extranjeros para proceder á la firma del tratado. A la una de la tarde se firmó la paz. Inmediatamente después de la sesión pasaron á las Tullerías, donde fueron recibidos por el emperador. A las dos, una salva de ciento un cañonazos, disparada en los Inválidos, anunció á la población de París que se había firmado la paz. Por la noche se dió en el ministerio de Negocios extranjeros un banquete de sesenta cubiertos para celebrar el gran acontecimiento. El conde Walewski brindó por la duración de la paz. «Será duradera, dijo, porque es hermosa para todos.»

El martes 1.º de abril, Napoleón III pasó en el Campo de Marte una revista en honor de la paz. Precedido por sus caballerizos, sus ayudantes de campo y sus oficiales de órdenes y seguido por un numeroso estado mayor, en el cual iban el príncipe Napoleón, el príncipe de Reuss, el general conde Orloff y los oficiales rusos agregados á su misión; el marqués de Villamarina, ministro de Cerdeña; el general Narváez; el barón de Sebach, ministro de Sajonia; e mariscal Vaillant, el general Prim y el mariscal Canrobert, atravesó el jardín de las Tullerías, la plaza de la Concordia y siguió el curso de la Reina y los muelles.

Cuando desembocó por el puente de Jena, las tropas presentaron las armas y unieron sus aclamaciones á las del gentío que llenaba los altozanos del Campo de Marte.

La condesa de Damremont escribía á M. Thouvenel, á la sazón embajador en Constantinopla: «Hubiera querido que vieséis á París el martes pasado para que os formarais una idea del contento público. Por la mañana hubo revista, que fué magnífica. Una inmensa muchedumbre se había encaminado al Campo de Marte, y el tiempo estaba al unísono con la disposición general de los ánimos. La gente parecía muy contenta, el jefe del Estado sobre todo, pues merced á su política firme, hábil y llena de moderación, ha colocado al país en el rango de que había descendido hace cerca de medio siglo.

»El emperador, seguido de los representantes de las más grandes potencias del mundo, estaba en el apogeo de la gloria menos discutible. Estos representantes se encontraban allí, diez pasos atrás, vestidos de brillantes uniformes y atestiguando con su presencia las simpatías que el emperador ha sabido inspirar, mediante la cordura y la lealtad de su política, á los mismos que poco antes eran sus enemigos. No creo que se haya visto jamás una comitiva tan magnífica y sorprendente como la que le acompañaba aquel día. Entre otros personajes figuraba, y todo el mundo quería verlo, el conde Orloff, el mismo que cuarenta y dos años antes, ó sea el 30 de marzo de 1814, después de la batalla reñida á la vista de París por los aliados, había sido el tercero en entrar en la capital junto con los condes Nesselrode y Paar.»

Durante todo el día de la revista, la población estuvo de fiesta. Sus manifestaciones de júbilo se prolongaron hasta muy entrada la noche. Las iluminaciones fueron generales, y como para demostrar su espontaneidad, los edificios públicos permanecieron sumidos en la obscuridad y contrastaban así con el resplandor de las casas particulares. En los barrios populosos era tal el gentío que apenas se podía circular por las calles. El cielo estaba sembrado de resplandecientes estrellas: todos los rostros parecían alegres.

Decíase que el tratado había sido firmado con una pluma de águila que M. Feuillet de Conches, introductor de embajadores, había ido á buscar al jardín de Plantas. Nemo —seudónimo con que M. de Pene firmaba sus crónicas del periódico *El Norte*— escribía el 6 de abril: «¡Qué semana tan radiante! Sol sin nubes, júbilo en los corazones, salva pacífica de ciento un cañonazos cuyos ecos resuenan en el corazón de todas las madres, balcones colgados é iluminados, satisfacción de todas las personas honradas confundidas esta vez en un solo partido. Para escribir la historia de esta hermosa semana, no debe usarse una pluma de acero, sería demasiado belicoso; ni una pluma de ganso, porque sería demasiado prosaico. En cuanto á la pluma de águila, incumbe á un congreso propocionársela y á M. Feuillet de Conches atreverse á arrancarla al ave de Júpiter. Quizás no se haya admirado lo bastante el arrojo que ha debido desplegar M. Feuillet de Conches en su expedición contra el peligroso portaplumas

al que se trataba de despojar de una fracción de su plumaje. No se han dado suficientes detalles sobre este arriesgado hurto, realizado en honor del congreso de París y de su obra de pacificación.»

Cambiadas ya las ratificaciones del tratado, se publicó junto con sus anejos en el *Moniteur* del 29 de abril, y los protocolos se insertaron el 30 de abril y el 1.º de mayo.

Al redactar estos instrumentos diplomáticos se había procurado cuidadosamente evitar en lo posible cuanto pudiera lastimar el amor propio de Rusia. M. de Bourqueney decía á M. de Beust: «Cuando se lee el tratado del 30 de marzo, ningún signo aparente revela quién es el vencedor ni quién el vencido.» No se decía una palabra de la cuestión de los Santos Lugares, que había sido el origen de la querrela entre los gabinetes de París y San Petersburgo. También se pasaba en silencio la pretensión que el emperador Nicolás había tenido de tomar bajo su protección á los súbditos ortodoxos del sultán. Las principales estipulaciones del tratado iban aplicadas al conjunto de las potencias, y su carácter general no tenía nada que pudiera ofuscar los sentimientos de Rusia.

Las potencias tomaban acta colectivamente del firmán en virtud del cual el sultán mejoraba la condición de sus súbditos sin distinción de religión ni de raza (artículo 9.º).

Se neutralizaba el mar Negro. Abierto á la marina mercante de todas las naciones, sus aguas y sus puertos quedaban cerrados á la de guerra, ya fuese de las potencias ribereñas ó ya de cualquiera otra (artículo 11).

En el artículo 12 se estipulaba que ninguna de las potencias garantes ejercería protección exclusiva sobre los Principados Danubianos. Por el artículo 23 la Sublime Puerta se comprometía á conservar en dichos Principados una administración independiente é internacional. Se nombraría una comisión que tendría por cometido practicar una información sobre su estado actual y proponer las bases de su organización futura.

El artículo 28 estipulaba que el Principado de Servia conservaría su administración independiente y nacional, así como la plena libertad de culto, legislación, comercio y navegación.

El artículo 15 proclamaba la libre navegación del Danubio. Una comisión permanente debía hacer desaparecer los obstáculos que aún se oponían á ella y estatuir los reglamentos de policía del río.

En todo el tratado no había más que una cláusula que mortificara á Rusia, la que le arrebatava una porción de la Besarabia, transfiriéndola al principado moldavo. El territorio cedido era insignificante, pero Rusia no podía avenirse á que se tocara el Danubio en ninguna parte de sus límites. Austria fué la que más insistió en la adopción de esta cláusula. Los rusos concibieron contra el gabinete de Viena un rencor amargo, y el conde Orloff decía á Cavour: «El plenipotenciario de Austria no sabe cuánta sangre y cuántas lágrimas costará á su país esta rectificación de fronteras.»

Los rusos habrían podido enojarse también con el Piamonte, porque sin que ellos lo hubieran amenazado ni mucho menos, los había combatido en Crimea, mezclándose en una cuestión que no tenía nada que ver con la casa de Saboya. Pero su resentimiento contra el rey Víctor Manuel era mucho menos vivo que su cólera contra el emperador Francisco José. Alejandro II estaba persuadido de que si Austria no hubiera lanzado su ultimátum, Rusia habría podido salir victoriosa de la guerra de Crimea. Esta conducta de Austria, á quien Rusia había salvado cuando la guerra de Hungría, era á los ojos del tsar una monstruosa ingratitud.

Napoleón III, observando con cierta satisfacción la aspereza de los rencores rusos contra Austria, se propuso explotarlos, y empezó por proceder con la mayor prudencia. Su ministro de Negocios extranjeros, el conde Walewski, era un diplomático esencialmente conservador, muy opuesto á la idea de una guerra en Italia; y sin embargo, Napoleón le encargó que planteara en el congreso lo que después se ha llamado *cuestión de Italia*.

Después de firmar el tratado, los plenipotenciarios celebraron todavía algunas sesiones. En la del 8 de abril el conde Walewski dijo que era de desear que los plenipotenciarios, antes de separarse, cambiasen sus ideas sobre diferentes asuntos que exigían soluciones y de los que convenía ocuparse á fin de precaver nuevas complicaciones. Añadió que no podía dudar que lord Clarendon se uniese á él para declarar que Francia é Inglaterra aguardaban con impaciencia el momento en que les sería permitido hacer cesar una ocupación á la cual no podrían, sin embargo, poner fin sin graves inconvenientes mientras no se introdujeran algunas modificaciones positivas en el estado actual de las cosas en Grecia.

El primer plenipotenciario de Francia recordó en seguida que los Estados pontificios estaban también en una situación anormal; que la necesidad de no dejar al país entregado á la anarquía había determinado á Francia, lo mismo que á Austria, á responder á la demanda de la Santa Sede, haciendo ocupar á Roma por sus tropas, en tanto que las austriacas ocupaban las Legaciones. Por una parte, el conde Walewski declaraba que el título de *hijo primogénito de la Iglesia*, con que se envanecía el soberano de Francia, imponía al emperador el deber de prestar auxilio y sostén al soberano pontífice. Por otra parte decía que no se debía desconocer cuanto había de anormal en la situación de una potencia que, para mantenerse, necesitaba que la sostuvieran tropas extranjeras, y añadía que Francia hacía votos por que llegase el momento en que pudiera retirar sus tropas, sin comprometer la tranquilidad interior del país y la autoridad del gobierno pontificio.

No contento con plantear así la *cuestión romana*, el conde Walewski añadía que tal vez fuera de desear que ciertos gobiernos de la península italiana, atrayendo con actos de clemencia bien entendidos las personas extraviadas y no pervertidas, pusieran fin á un sistema que en lugar de corregir á los enemigos

del orden, tenía por efecto debilitar á los gobiernos y proporcionar partidarios á la demagogia.

Lord Clarendon, no tan sólo abundó en las mismas ideas, sino que dió á lo que el conde Walewski había expuesto en términos muy mesurados la forma de una verdadera requisitoria. El primer plenipotenciario de Austria declaró que le sería imposible tratar de la situación interior de Estados independientes que no estaban representados en el congreso. El conde Orloff se recusó, objetando la falta de instrucciones. Pero el conde de Cavour se ocupó, haciendo hincapié en ellos, de los agravios que el conde Walewski y lord Clarendon habían mencionado. La cuestión italiana quedaba planteada.

El protocolo XXII — el de la sesión del 8 de abril de 1856 — terminaba así: «El cambio de ideas efectuado no carece de utilidad. El primer plenipotenciario de Francia establece que de él se desprende:

»1.º Que nadie ha negado la necesidad de preocuparse detenidamente de mejorar la situación de Grecia, y que las tres potencias protectoras han reconocido la importancia de entenderse entre sí con tal objeto:

»2.º Que los plenipotenciarios de Austria se han asociado al deseo expresado por los de Francia de ver los Estados pontificios evacuados por las tropas francesas y austriacas tan luego como esto se pueda hacer sin inconveniente para la tranquilidad del país y para la consolidación de la autoridad de la Santa Sede:

»3.º Que la mayoría de los plenipotenciarios no han negado la eficacia de las medidas de clemencia tomadas de un modo oportuno por los gobiernos de la península italiana y sobre todo por el de las Dos Sicilias:

»4.º Que todos los plenipotenciarios, hasta los que han creído deber reservar el principio de la libertad de la prensa, no han vacilado en censurar altamente los excesos á que se entregan impunemente los periódicos belgas, y han reconocido la necesidad de remediar los inconvenientes positivos que resultan de la licencia desenfrenada de que tanto se abusa en Bélgica.»

Los individuos del congreso completaron su obra con una declaración de principios en materia de derecho marítimo, basada en los cuatro puntos siguientes:

1.º Queda abolido el corso:

2.º El pabellón neutral cubre la mercancía enemiga, á excepción del contrabando de guerra:

3.º La mercancía neutral, á excepción del contrabando de guerra, no puede aprehenderse bajo pabellón enemigo:

4.º Los bloqueos, para ser obligatorios, deben ser efectivos.

Así pues, las tareas del congreso terminaban con la proclamación de reformas de gran importancia y que se hallaban en armonía con los progresos de la civilización general.

La opinión pública estaba satisfecha, y aparte de algunas personas más pers-

picaces que las demás, nadie presagiaba la guerra que el protocolo XXII contenía en germen.

A excepción de las madres que lloraban la desgracia de la muerte de sus hijos, nadie se acordaba ya de los torrentes de sangre derramados en la gigantesca lucha recién terminada. Según las estadísticas mencionadas por M. de la Gorce (*Historia del segundo Imperio*), las pérdidas de los franceses habían ascendido á noventa y cinco mil hombres, veinte mil muertos de bala y setenta y cinco mil por efecto de las enfermedades. Habían perecido veinte mil ingleses, pero sólo cuatro mil en los combates ó en los asaltos. Los sardos no habían perdido más que veintiocho hombres en la batalla de Traktir; pero á esta cifra había que añadir más de dos mil defunciones ocurridas en los hospitales, la mayor parte de ellas á causa del cólera. Calculábanse las pérdidas de los turcos en unos treinta mil hombres, casi todos muertos en los combates del Danubio ó de resultas de las epidemias en los campamentos de Crimea. Por lo que respecta á los rusos, estimábase en ciento diez mil hombres sus muertos ó fallecidos, sin contar las innumerables víctimas que habían sucumbido en los largos caminos de Rusia antes de llegar á Crimea, y sin contar tampoco las causadas por el tifus durante el segundo invierno. En este invierno los veteranos estaban extenuados de fatiga y los jóvenes poco avezados á los rigores de un clima terrible: más de cuarenta y siete mil hombres ingresaron en los hospitales de Crimea y cerca de nueve mil fallecieron en ellos.

La evacuación de esta Crimea, teatro de tantos combates y de tantos sufrimientos, comenzó en abril y terminó á fines de junio. No quedaba nada de esas obras de tierra cuya posesión se había disputado con tanto encarnizamiento. El tratado de París no privaba á Rusia en Crimea ni de una pulgada de su territorio ni de una de sus fortalezas. El 4 de julio se le devolvió Kamiesch y toda la meseta del Quersoneso. El mariscal Pelissier fué el último en salir de aquel país, del que se llevaba, como recuerdo, su título de duque de Malakoff.

¿Qué queda hoy del tratado de París? Rusia ha recobrado en 1871 toda su antigua situación en el mar Negro. El tratado de Berlín le ha devuelto la porción de la Besaravia cuya pérdida le había sido tan sensible. El viajero que visite hoy á Sebastopol y sus cercanías no encuentra más que una sola huella de la guerra de Crimea: el cementerio.

En 1856 los vencedores no pensaban en lo que podrían durar los resultados de una lucha en la que habían tomado parte tan gloriosa. Regresaban á su patria con el sentimiento de un orgullo legítimo y sabían que la Francia agradecida les hacía plena justicia. «Tal vez no me creáis, escribía el capitán Carlos Bacher; pero os aseguro que á pesar de todo el placer que tendré de volver á veros en París, dejaré con sentimiento esta célebre meseta del Quersoneso, donde he sufrido grandes sinsabores y experimentando muchas tristezas, pero donde he tenido también las mayores alegrías por la satisfacción del deber cumplido y por el espectáculo de las grandes cosas de que he sido testigo.» El general Fay

terminaba así sus *Recuerdos*: «Hemos padecido mucho, no cabe duda; pero comprendemos perfectamente que estos padecimientos no eran estériles, porque hemos cicatrizado en parte las heridas de nuestros padres y colocado de nuevo á Francia en el rango que por un momento le habían quitado tan grandes reveses después de tan grandes victorias.»

Hoy la guerra de Crimea es objeto de muchas críticas. En 1856 no inspiraba á los franceses más sentimiento que el de la admiración.